

Está punto de llegar. Va llegar con prisa por aquella curva de allí bajo. Y yo voy a coger y voy a sacar mi pañuelo que lo vea. Luego me subo y nos vamos.

Sigo atento aunque Mamá no mira hace rato. Donde sí que mira es al final de la carretera por la que vinimos. Es una carretera vieja y larguísima y por buena vista que tengas, lo único que ves es gravilla. Las matas secas a los *laos*, y los árboles a los *laos*, y *tamién* las vallas a los *laos*. Y *tamién* hay una vaca pastando, con otra que está *mu* cerca. Y cuando hemos *llegao* aquí *pa* coger el autobús hemos visto que a las vacas les salía humo del hocico.

Miro a Mamá y sé qué piensa. He *pasao* mucho tiempo con Mamá los dos solos y siempre sé qué piensa. Ahora mismo piensa en la familia, en la tía y en las demás. No sabe si tendrán bastante leña, si les ha *dejao* bastante leña *pa* que no pasen frío hasta que volvamos. No sabe si va llover y si alguna de ellas le tocará salir por leña y mojarse. No sabe si el cerdo se saldrá y si Ty y Val podrán entrarlo otra vez. Siempre se preocupa cuando no está en casa. No se preocupa tanto cuando me deja a mí allí con mis hermanos, porque sabe que yo cuido de ellos y de la tía y de todos. Soy el *más* mayor y ella dice que soy el hombre de la casa.

Miro a Mamá y noto que la quiero mucho. Lleva puesto el abrigo negro y el sombrero negro y parece triste. Quiero mucho a mi madre y me gustaría coger y abrazarla, pero no puedo. Ella dice que esas cosas son de debiluchos y de lloricas y que en su casa no quiere lloriqueos. Y que tampoco quiere miedicas. Porque Ty tiene miedo de los fantasmas y ella siempre le azota. Yo tengo miedo de la oscuridad, pero hago como si no. Y hago como si no porque soy el mayor y porque tengo que dar ejemplo a los demás. Ni puedo tener miedo ni ser un llorica. Y por eso nunca había dicho nada de la muela. Me duele y lleva un mes doliéndome, pero aún no me he *quejao*. No he dicho *na* porque no quiero que piensen que soy un llorica y porque sé que no tenemos dinero para coger ir al dentista, a que me la

saque. ¡Pero Dios mío como duele! Y es como si no quiere empezar a doler hasta que llego a la cama a ver si duermo. Justo cuando cierro los ojos, ay... ay... Dios mío, me empieza a doler como si me pincharan.

—Te duele, ¿no?—dice Ty.

Sacudo la cabeza porque no abriría la boca ni loco. Si abro la boca un poco y se cuele una corriente de aire, me muero.

Mejor me echo un rato y les oigo roncar. Ty está aquí justo a mi *lao* y la tía y Val, en la chimenea. Val es más pequeño que yo y que Ty, por eso duerme con la tía. Mamá duerme en la otra punta de la casa, con Louis y con Walker.

Mejor me echo un rato y les oigo, y oigo el viento que hace fuera y oigo el fuego que tenemos en la chimenea. A veces el ruido para y me deja descansar un rato. A veces me duele ¡ay, ay, ay! ¡Dios mío ten piedad!

-----

Extraído de

GAINES, E., *El cielo es gris* (20??). Inédito: Alicante.

Todos los derechos reservados.

La tía se enteró de que me dolía. No se lo había dicho a nadie, sólo a Ty porque él es mi amigo y no se lo va decir a nadie, pero no sé cómo, la tía se enteró. Me preguntó pero le dije que no me pasaba *na*, pero ella se enteró del principio. Me dijo que chafase una aspirina, que la metiese en algodón y que me la pusiera en el *abujero* de la muela. Lo hice y no me hizo *na*. El dolor se me fue un rato pero luego me dolió otra vez. La tía quería decírselo a Mamá pero yo le dije: «No-no» porque sabía que no teníamos dinero y que lo único que iba hacer era enfadar a Mamá aún más. Entonces la tía llamó al señor Bayonne y el señor Bayonne vino a casa y me mandó que me arrodillase con al *lao* de la chimenea. Se mojó el dedo y con la saliva me hizo la señal de la cruz en el bulto de la boca. El señor Bayonne tiene las yemas de los dedos *mu* duras porque está siempre tocando la guitarra. En verano, cuando salimos a la calle, le oímos tocar la guitarra. A veces le dejamos ahí solo tocando.

El señor Bayonne me hizo la señal de la cruz en la cara una y otra vez y tampoco me hizo *na*. Hasta cuando rezaba por mí y me pedía que yo también rezase, me dolía la muela.

—¿Qué tal ahora?—va me pregunta.

—Igual—le contesto. Siguió haciendo la señal de la cruz y yo seguí rezando como me dijo.

—¿Aún te duele?—pregunta.

—Sí, señor.

El señor Bayonne me manoseó mucho la cara. Me la toqueteó tanto que casi se apoyaba sobre ella y me empujaba contra Ty, pero al final, paró.

—¿Qué oraciones estás rezando, chaval?—me pregunta.

—Las bautistas—le contesto.

—Bueno, pues... no es raro que la muela le siga doliendo, porque yo voy por un camino y él por otro. Chaval, ¿no sabes oraciones católicas?

—Me sé el Ave María—voy le digo.

—Entonces empieza por esa.

—Sí, señor.

Empezó a manosearme la cara otra vez, escuchaba sus oraciones mientras me tocaba y (¿cómo no?) después de un rato, dejó de dolerme.

Yo y Ty salimos de casa con el señor Bayonne y jugamos un rato con los dos galgos que trajo.

—Vámonos de caza—dice Ty.

—Eso, ¡vamos!—digo yo, y salimos detrás de los galgos, por la pradera. Enseguida los galgos olieron un rastro y yo y Ty les seguimos, primero por la pradera y luego por el bosque. En seguida, los galgos acorralaron un conejito y lo mataron y yo y Ty les apartamos y cogimos el conejo del suelo y volvimos a casa corriendo. Pero la muela empezaba a dolerme otra vez. Empezó a dolerme un montón pero no quería decírselo al señor Bayonne. Aquella noche no dormí *na* y antes de darme los buenos días, la tía me dijo que fuese a ver al señor Bayonne, *pa* que rezase más por mí. Cuando llegué, el señor Bayonne estaba en la cocina haciéndose café, en cuanto llegué, vio lo que me pasaba.

—Venga, ven aquí. Arrodíllate delante de la estufa—me dice— y esta vez asegúrate que rezas oraciones de católicos. No sé nada del baptista que te enseñó lo que rezas y no quiero saber nada de él.

—Mañana nos vamos al centro—dijo Mamá anoche.

—*Pos* si ya no me duele—le contesto— ya puedo comer de *to*.

—Mañana nos vamos al centro—y cuando acaba de cenar, se levanta y se va la cama. Ahora siempre se va la cama pronto. Antes de que Papá se fue al ejército se quedaba hasta tarde. Nos quedábamos todos, sentados en el porche o al *lao* de la chimenea, pero ahora es como que en cuanto termina de cenar, se va a la cama.

Esta mañana, cuando me he *levantao* estaban de *pies* ella y la tía al *lao* de la chimenea.

—Tenemos bastante para ir y volver. Un dólar y medio para que se la saquen. *Venticinco* centavos para mí para ir. *Venticinco* para él para ir. *Venticinco pa* mí para volver, *venticinco* para él.

Sobran cincuenta centavos. Me daría para traer un poco de chorizo.

—Sí, gástatelo en chorizo. Las habichuelas sin chorizo no son habichuelas.

—Se hará lo que se pueda—dice Mamá.

Después se callaron un rato y tenía que hacer como si estaba durmiendo.

—James, venga, levanta—dice la tía.

Tenía que hacerme el dormido un poco más *pa* que no se diesen cuenta. No quería que se enterasen que estaba oyendo.

—¡Venga, venga!—me dice la tía, cogiéndome del brazo— Te ha *llegao* el día. Me destapé tirando de la colcha p'abajo, y Ty estiró y se volvió a tapar.

—A mí no me toca que me saquen los dientes—va y dice Ty.

—Tú despierta *tamién*, Ty—dice la tía—. Aunque no te vayas con él, tú te levantas igual. ¡Venga, levanta!

Ty se levantó *enfadao*.

—James, levanta ya, ponte la ropa y desayuna—dice la tía—.

¿Cuándo volvéis?—le pregunta a Mamá.

—En el autobús de las once en punto—dice Mamá—. Tengo que estar en el campo esta tarde.

—¡Muévete James!—dice la tía.

Me fui a la cocina y me lavé la cara. Luego desayuné tostadas con sirope. Las tostadas estaban calientes, bastante hechas y tenían buen sabor. Y quería que el desayuno durase más tiempo.

Ty vino a la cocina, aún estaba *enfadao* y la tomó conmigo.

—«¡Tu *tamién* te levantas!»—dice—Si no me toca que me saquen los dientes, ¿*pa* qué me despiertan?

Ty echó sirope en su sartén y cogió una rebanada de pan. No se lavó las manos ni la cara. En los ojos tenía legañas de esas blancas.

—Te los van a sacar a ti. ¿*Pa* qué me despertáis? Seguro que si me los sacaran a mí, no te despertarían. ¡Aj! Otra vez sirope. Todos los días, sirope *pa* desayunar. Es que es siempre sirope... Nos vamos a poner malos de tanta azúcar. ¿Porqué nunca desayunamos panceta?

—Vete al campo, trabaja y desayunarás panceta—dijo la tía, que estaba en la puerta de la cocina—. Tendrías que estar contento de tener sirope. Algunos no tienen ni siquiera eso. Es una época mala.

—¡Aj! Así nunca me pondré fuerte.

—No sé lo fuerte que te vas a poner, pero sí que sé que como no bajas esos humos, te van a calentar. James, date prisa. Te está esperando tu madre.

Me comí la última tostada y antes de salir me encontré a Mamá al *lao* de la chimenea, calentándose las manos. Me puse el abrigo, me puse el gorro y salimos de casa.

Sigo mirando al final de la carretera pero tarda mucho. He estado a punto de decir «*Pos* tarda mucho», pero mejor me callo. Porque es otra de las cosas que no la gustan. No la gusta «que la gente hable por hablar». Sabe bien que el autobús tarda mucho, así que no hace falta decir que tarda. Así que no digo nada, me doy la vuelta y veo el río que está detrás de nosotros. Hace frío y sale vapor del agua que baja. De aquí se ven un puñado de fochas y no están *mu* lejos: justo enfrente de las azucenas. Me falta saber si las fochas se comen. Aún no lo sé porque nunca comí ninguna. Lo que sí comí son búhos y mirlos, y también petirrojos. Yo no quería matar los petirrojos pero Mamá me obligó a matarlos. Cayeron dos en las trampas que tenemos fuera de casa. Uno en mi trampa y otro en la trampa de Ty. Yo y Ty *na* más queríamos jugar un rato y soltarlos luego, pero ella nos obligó a matarlos porque no teníamos *na pa* comer.

—¡Mamá, no—la digo—, no puedo!

—Venga—dice—, ¡que lo cojas!

—¡Que no,—la contesto— que no puedo! No puedo matarlo, Mamá.

—Toma—me dice—. Coge el tenedor, James.

—¡Por favor, Mamá, no quiero matarlo!—la digo. Veía venir que iba pegarme. Me eché hacia atrás pero no me dio tiempo a apartarme.

—¡Que lo cojas, te digo!—me manda.

Cogí el tenedor y metí la mano en la jaula, aunque él daba salticos en el fondo de la jaula.

—¡No puedo, Mamá!—la digo, cuando el agua empezó a correr mejilla abajo—. Te digo que no puedo.

—Te estoy diciendo que lo saques de la jaula—contesta.

Volví a meter la mano para cogerlo y él seguía dando saltos en el fondo de la jaula. Estiré el brazo un poco más y empezó a picarme la mano.

—Mama, no puedo—la digo.

Me soltó otro guantazo.

Metí de nuevo el brazo *pa* cogerlo pero él seguía saltando de aquí p'allá. De pronto dio otro salto y cayó en la parte de la jaula donde yo sí que llegaba. Le toqué la pata con el tenedor y la oí hacer un crujido. Saqué enseguida el brazo porque le había hecho daño.

—¡Trae p'acá!—dijo y me quitó el tenedor de las manos.

Metió el brazo en la jaula y le dio al petirrojo justo en el cuello. Recuerdo el ruido que hizo el tenedor al pincharle el cuello y recuerdo que luego tiró el cubierto al suelo. Sacó el pájaro de la jaula y me obligó a que lo mirase.

—Ya tenemos uno—dice. Coge el pájaro de la cola y me da el tenedor—. Ahora ve tú a por el otro.

—No puedo, Mamá. Pídeme lo que quieras pero no me hagas hacer esto.

De pronto se fue a la valla del jardín y rompió de una patada la vara más ancha que había. Yo me puse a llorar, de rodillas, junto a la jaula donde estaba el otro petirrojo.

—Que lo saques de ahí—dice.

—Que no puedo, Mamá...

Empezó a pegarme en la espalda y yo caí de boca al suelo, llorando.

—¡Que lo saques!—dice.

—Octavia—llamó la tía, que había salido de casa y que estaba de pie a *lao* del árbol, mirándonos.

—¡Te digo otra vez que lo saques!—dice Mamá.

—Octavia—dice la tía—explícaselo. Explícaselo. No le pegues más y explícaselo. Pero ella volvió a pegarme una y otra vez.

Aún no soy mayor, tengo sólo ocho años, pero ya lo sé. Sé porqué tenía que hacer aquello. Pero es que eran *mu* pequeños. *Mu* pequeños. Me acuerdo arrancándole las plumas y limpiándolos y poniéndolos al fuego. Al final nos comimos todos. No probamos más de medio *bocao* cada uno, pero ese medio *bocao* que comió cada uno les hizo sentirse orgullosos de mí. Por si ella se fuese de casa.



Por eso tenía que hacerlo, por si un día ella tenía que irse de casa como hizo Papá. ¿O si *nos* quien iba a cuidarnos? Tenía que quedar alguien que pudiese dar de comer a la familia. Antes no lo sabía pero ahora ya lo sé. La tía y el señor Bayonne me lo dijeron y ahora ya lo entiendo.

Ya lo veo como llega y saco el pañuelo *pa* que nos vea y pare. Hasta cuando está cerca sigo moviendo el pañuelo por si acaso. Justo llega y para y yo y Mamá subimos al bus. Mamá me dice que coja y me siente al fondo, que ella paga. Hago lo que me dice y la gente me mira. Paso los sitios con el cartel de «BLANCOS» y me siento en los que pone «NEGROS». Busco un sitio. Veo uno en el fondo del *to* pero no me siento porque quiero que Mamá lo vea antes. Llega, se sienta y yo me quedo de *pies apoyao* en su asiento. Hay un montón de asientos *pa* los dos en la parte de *alante* pero es que no podemos sentarnos ahí porque nos tenemos que sentar donde está el cartel. Además no me quiero sentar *alante* si Mamá se va sentar atrás.

Hay una señora al *lao* de Mamá y se mira y me sonrío un poco. Yo la sonrío a ella pero sin abrir la boca porque si se cuela aire la muela me duele. La mujer saca chicles y me da uno pero la digo que no con la cabeza. La mujer no se imagina lo que pasa y no sabe porqué un niño como yo no la coge un chicle y me dice si quiero otra vez. Además de decirle que no, la señalo el bulto de la boca. La mujer ya lo entiende y sonrío otra vez y yo la sonrío pero no abro la boca, por si acaso.

Hay una niña sentada junto en frente de mí. Lleva un abrigo rojo y lleva el pelo hecho todo una trenza. A lo primero, cojo y hago como si no la veo pero luego empiezo a mirarla un poco. Ella coge y hace como si tampoco me ve pero la pillo mirándome de reajo. Está *costipada* y cada dos por tres saca el pañuelito para limpiarse la nariz. Está deseando sonarse pero no, a lo mejor se piensa que de tan señorita que es, lo tiene prohibido o algo.

Cada vez que se saca el pañuelo para limpiarse la nariz, la señora de su lado la dice algo al oído. La niña la dice que no con la cabeza y se pone las manos en las rodillas. La pillo otra vez mirando aquí de refilón. La sonrío y aunque pensaba que ella me iba a sonreír, *pos* no. Levanta la naricica y mira otro *lao*. Por eso yo cojo y miro otro *lao*, al río.

El río está gris. El cielo está gris. Hay fochas en el agua. Está revuelta y las fochas nadan río arriba y río abajo. El bus pasa una curva y los árboles me tapan el río. Luego pasa otra curva y veo el río bien otra vez.

Miro la parte de *alante*, donde se sientan todos los blancos y luego miro otra vez a la niñica de antes. No la miro a la cara *pa* que no sepan todos que le quiero. La miro solo un poco y luego hago como si estoy mirando por la ventana que hay detrás de ella. Pero ella sabe que le estoy mirando de reojo y ella me mira *tamién*. La mujer de su *lao* al final la pilló mirándome, se le acerca y le dice algo al oído.

—Que no le quiero nada—dice la niñica en voz alta. Todos los de la parte de atrás la oyeron, nos miraron y se rieron de nosotros.

—Yo tampoco te quiero—la digo—y no tienes que mirarme mal, señorita.

—El que mira eres tú—dice.

—No te estaba mirando a ti—le digo—, estaba mirando por la ventana.

—Sí seguro, por la ventana—dice— te *pillao*. Cada vez que te *mirao*, me estabas mirando.

—*Pos pa* ver que te estaba mirando tienes que mirarme tú a mí si me has visto siempre.

—¡Va!—dice—. Si tengo un montón de novios.

—Y yo un montón de novias—la digo.

—Pos sólo te digo que no te hagas ilusiones—dice.

Ya no la digo más cosas a la niñica porque si no acabaría pegándole un soplamocos. Me apoyo otra vez en el asiento de Mamá y ni la miro más. Cuando *lleguemos* a Bayonne me sacó la lengua. Hice como si le iba a pegar y se escondió debajo del asiento de su Mamá. Y la gente se rió de nosotros otra vez.

Nos *bajemos* del bus yo y Mamá y *empecemos* andar por el centro. Bayonne es una ciudad más o menos grande. Baton Rouge es mil veces más grande que Bayonne. Una vez fui a Baton Rouge con Ty, Mamá y Papá, pero fue hace mucho tiempo, antes de que Papá se fuese al ejército. No sé cuándo vendrá otra vez. No sé cuándo. Es como si no fuese a volver otra vez... En Bayonne las aceras tienen rajadas y de las rajadas salen matas. De los *laos* de la carretera *también* salen matas. Igual que el pueblo.

Hace un poco de frío en Bayonne. A lo mejor un poco más que en el pueblo. El viento me da en la cara y enseguida noto que se me caen los mocos. Me los sueno p'arriba. Mamá me dice que use el pañuelo. Me sueno la nariz y me lo guardo en el bolsillo.

Pasamos por un colegio y veo a niños blancos jugando en el patio. La escuela es roja y grande y los niños juegan y corren por el patio. Luego pasamos por una cafetería y hay montón de gente dentro comiendo. Me dan ganas de poder entrar porque hace frío. Mamá me dice que los ojos son *pa* mirar *p'alante*.

Pasamos por tiendas con muñecos y pasamos por otra cafetería. Luego pasamos por una tienda con zapatos y hay un hombre calvo arreglando un zapato. Miro al hombre y por mirarle me choco con una mujer blanca y Mamá me da un meneo y me dice que me quede ahí quieto.

Llegamos a los juzgados y miro la bandera que tienen allí. *Pos* esa bandera no es igual que la que tenemos en el colegio. Esta de aquí no tiene muchas estrellas. La del colegio tiene un montón de estrellas, una por cada estado. Pasamos por delante, cogemos la otra calle y ya hemos *llegao* al dentista. Yo y Mamá entramos y está lleno de gente. Hasta hay un niño más pequeño que yo.

Yo y Mamá nos sentamos en el banco y una señora blanca viene y me pregunta como me llamo. Mamá le contesta y la señora blanca se va otra vez. Luego oigo un grito que sale de la dentro. En cuanto el niño pequeño oye el grito, se pone a gritar también. Su

mamá le acaricia y le acaricia para ver si le tranquiliza, pero él no piensa en su mamá.

El hombre que gritaba sale de dentro con una mano en la cara. Es un hombre alto y lleva puesto un mono y un chaleco.

—¿Ya está, no?—le pregunta otro hombre.

El hombre del peto le dice que no con la cabeza. No quiere abrir la boca.

—Tío, pensaba que no salías de ahí dentro. Parecías un cerdo dentro una jaula.

El hombre no dice *na*. Coge y se va a la puerta y el otro hombre se va con él.

—John Lee—dice la mujer blanca—. John Lee Williams.

El niño pequeño pone la cabeza en las piernas de su madre y grita más que antes. Su mamá le dice que se vaya con la enfermera pero él no piensa en su mamá. Su mamá se lo dice otra vez pero él ni oye lo que dice. Su mamá lo coge en brazos y le lleva dentro. Hasta cuando está dentro y la enfermera ya ha *cerrao* la puerta, se oyen los gritos del pobre John Lee.

—A veces me pregunto porqué el Señor permite que los niños sufran de esta manera—dice una mujer a Mamá. La mujer está sentada enfrente de nosotros en otro banco. Va vestida con un vestido negro y una rebeca blanca. Parece como si fuese una enfermera o algo, por lo visto.

—No podremos saberlo nosotros —dice un hombre.

—A veces me pregunto si ni siquiera deberíamos preguntárnoslo—dice la mujer.

—Estoy seguro de que no—dice el hombre. El hombre parece un predicador. Es alto y está gordo y lleva un traje negro. También lleva una cadena de oro.

—¿Por qué?—le pregunta la mujer.

—¿El porqué de las cosas?—responde el predicador.

—Sí, eso—responde ella.

—No podremos saberlo nosotros—dice el predicador.

La señora mira un poco al predicador y vuelve a mirar a Mamá.

—Y diría que siempre son los pobres los que más sufren— dice—. No acabo de entenderlo.

—Lo mejor es no buscar el porqué—dice el predicador—. Los caminos del Señor son inescrutables, pero están llenos de sabiduría y amor.

Termina de hablar el predicador y se oye al pobre John Lee gritando y todo el mundo se quedó escuchando.

—No es un buen dentista—dice la señora—. El doctor Robillard es mucho mejor, pero mucho más caro. Por eso casi toda la gente negra viene aquí. Los blancos van al doctor Robillard. ¿Son ustedes de Bayonne?

—Río abajo—dice Mamá y no creo que diga *na* más, porque no habla mucho. Pero la mujer se le queda mirando una rato más y Mamá dice:

—Cerca de Morgan.

—Ah, ya—contesta la mujer.

—Ese es el problema de hoy en día con los negros de este país—dice alguien.

Está sentado en el mismo banco que yo y Mamá y enfrente del predicador. Parece un profesor o un estudiante. Está vestido de traje y lleva un libro que ha *estao* leyendo.

—No somos capaces de cuestionarnos nada, ése es el problema—dice—. Deberíamos poner en duda todo: desde que nos levantamos hasta irnos a la cama. Deberíamos cuestionarnos todo.

El predicador se le queda mirando un rato. Tiene un palillo en la boca y le da vueltas *to* el rato. Se ve que no le gusta mucho el chico del libro.

—¿Puedes explicarte mejor?—le pregunta.

—Acabo de explicarme—va y le contesta—. Deberíamos poner en duda todo: cada barra, cada estrella, cada palabra que escuchamos. Todo.

—Joven, me parece que esta señorita y yo estábamos hablando de Dios—dice el predicador.

—Cuestionese su existencia también—responde el chico.

—Vale—dice el predicador—, ya basta.

—Ha oído bien—dice el chico—. Deberíamos cuestionarnos su existencia, así como todo lo demás. Todo.

El predicador mira desde un *lao* de la sala hasta el otro y luego, al chico del libro. Se nota que se está enfadando mucho. Pero aunque esté o no esté *enfadao*, el chico no piensa en el predicador. Los dos se miran con mucha rabia.

—¿Es en esto en lo que se van a convertir?—dice el predicador—. ¿Para esto les damos una educación?

—Perdone pero usted no me está dando educación ninguna. Por la noche me dedico a lavar platos para durante el día, poder ir a la universidad. Mire por donde, incluso las palabras que acaba de decir necesitan que las cuestionemos.

El predicador se le queda mirando y sacude la cabeza.

—Cuando he entrado en esta sala y le he visto ahí sentado con el libro he pensado: «Ahí tenemos a un hombre inteligente». ¡Qué equivocado puede estar uno!

—Deme una sola razón para creer en la existencia de Dios— dice el chico.

—Mi corazón me dice que existe—dice el predicador.

—«Mi corazón me dice que existe»—dice el chico—«Mi corazón me dice que existe», claro, «Mi corazón me dice que existe». Mientras siga escuchando lo que le dice el corazón, sólo escuchará lo que los blancos quieren que escuche y nada más. Yo no escucho a mi corazón. El único propósito del corazón es bombear la sangre que recorre el cuerpo y nada más.

—¿Quién es tu padre, chaval?—le pregunta el predicador.

—¿Por qué?

—¿Quién es?

—Está muerto.

—¿Y tu madre?

—Está ingresada en el hospital con neumonía. Casi se mata trabajando para ganar una miseria.

—Y sólo porque él esté muerto y ella enferma pierdes la cabeza y la tomas con todo el mundo?

—No la tomo con el mundo. Lo estoy cuestionando. Lo estoy cuestionando lógica y fríamente, señor. ¿Qué sentido tienen las palabras Libertad, Dios, Blanco o Negro para usted? Me gustaría saberlo. Es para eso para lo que *ustedes* nos llevan a la escuela, ¿no? Para que leamos y les preguntemos lo que no entendemos y resulta que cuando cuestionamos ciertos asuntos dicen que hemos perdido la cabeza. No, señor. No somos nosotros los que hemos perdido la cabeza.

—¿Te empeñas en utilizar «nosotros»?

—¿«Nosotros»? Claro que «nosotros». No estoy solo en esto.

El predicador sacude la cabeza. Luego mira a todos los que estamos en la sala, a todos. Algunos miran al suelo para no mirarle a



él. Yo también hago como si no le miro y tengo que seguir así porque no tarda mucho en mirar a todos.

—Me das pena—le dice al chico.

—¿Por qué?—le responde—¿Por qué no siente pena por usted mismo? ¿Por qué piensa que usted es mucho mejor persona que yo? ¿Por qué no le da pena el resto de gente de la sala? ¿Por qué no le da pena la señora que tenía que llevar a rastras al crío dentro, a la consulta? ¿Por qué no le da pena esta señora sentada en el banco de ahí delante? Puede sentir pena por todos ellos si quiere, pero no por mí. De una manera o de otra voy a acabar consiguiendo lo que me he propuesto.

—No, es usted el que me da pena—dice el predicador.

—Claro, claro—contesta el chico, diciendo que sí con la cabeza—. Le doy pena porque cargo contra el pilar que le sostiene.

—Usted nunca podrá derrumbar el pilar que me sostiene, joven. Es mucho más fuerte que cualquier persona que haya existido.

—Usted cree en Dios porque otra persona le pidió que creyera en Dios—dice el chico—. Fue el hombre blanco el que indirectamente le pidió que creyese en Dios y, ¿para qué? Para seguir pisándole el cuello, sumido en la ignorancia.

—¿Entonces somos nosotros los ignorantes?—pregunta el predicador.

—Eso es—responde el chico—, eso es—y vuelve abrir el libro que traía.

El predicador se le queda mirando. El chico hace como si ha olvidado todo de golpe y no le hace caso. Todos los demás hacen como si han olvidado la riña.

De golpe, veo que el predicador se levanta *mu* despacio. El predicador es un hombre *mu* alto y tiene que apoyarse bien *pa* poder levantarse. Se va hasta el sitio donde está el chico. Se queda un rato mirándole, pero el chico no levanta la cabeza.

—Levántate, chaval—dice el predicador.

El chico mira hacia arriba, cierra el libro despacico y se levanta. El predicador da un paso atrás y le pega un puñetazo en la cara al chico. El chico cae de espaldas, contra la pared, pero vuelve a levantarse y se queda mirando al predicador.

—Se le ha olvidado la otra mejilla—le dice.

El predicador vuelve a dar un paso atrás y le pega otro puñetazo en el otro /ao, pero esa vez el chico se apoya y no se cae al suelo.

—Lo que acaba de hacer no ha cambiado nada—le dice al predicador.

El predicador se queda mirando al chico. Respira como si acabase de subir una montaña. El chico vuelve a sentarse y abre el libro otra vez.

—Me da usted mucha pena—dice el predicador—. Nunca antes he sentido tanta pena por nadie.

El chico hace como si no escucha al predicador y sigue leyendo su libro. El predicador vuelve a su sitio y coge el sombrero de la percha.

—Perdónenme—nos dice a todos—. Volveré otro día. Hagan el favor de perdonarme.

El predicador vuelve a mirar al chico y se va de la sala. El chico se toca la nariz con la mano para limpiarse un poco de sangre. Luego se pasó el todo el rato leyendo y nadie volvió a decir nada.

El pobre John Lee sale de dentro y la enfermera llama a otro. Un poco después vuelve a llamar a alguien, vuelven a salir y la enfermera dice otro nombre. Pero se va la gente y llega gente nueva y la habitación está siempre llena.

Los últimos que han llegado, todos llevan abrigos grandes. Una señora dice no sé qué de aguanieve y un señor le dice que espera que no. Otro hombre dice que sólo iba a llover. Dice que con la lluvia este año puede hacer mucho frío.

En la habitación, *to* el mundo está hablando. Algunos hablan al que tienen al *lao* y otros al de la otra punta; otros hablan a cualquiera que le escuche. La habitación es bastante pequeña, más o menos como nuestra cocina y yo veo a *to* el mundo desde mi sitio. Con lo pequeña que es la habitación, está llena de humo porque hay dos hombres al *lao* de la puerta fumando en pipa. Me parece que ahora la muela me está doliendo bastante, cojo la respiración y espero. Espero un poco más y más y no noto *na* de dolor, gracias a Dios.

Me entra bastante sueño y me pongo la cabeza contra la pared, pero tengo miedo de dormirme. Tengo miedo porque si me llama la enfermera no la oigo y Mamá puede dormirse y si ninguno de los dos oye a la enfermera, se va enfadar mucho.

Miro otra vez a Mamá. Quiero mucho a mi mamá. Quiero mucho a mi mamá y cuando sea la temporada del algodón, voy a hacerle un abrigo nuevo. No va ser uno negro, como el que lleva ahora, creo que le voy hacer uno rojo.

—Allí hay libros—le digo—, ¿quieres que te traiga uno?

Mamá mira donde están los libros pero no me contesta.

—Está hecho un hombrecito—dice la mujer de nuestro *lao*.

Mamá no dice nada pero parece que le ha sonreído porque la mujer le ha sonreído *tamién*. La mujer se queda mirándome un poco como si yo le diera pena.

—Has hecho que el predicador ese salga de aquí echando leches—le dice la mujer al chico del libro.

El chico le mira y sigue leyendo. Cuando sea mayor, quiero ser como él. Quiero llevar la misma ropa y *tamién* quiero llevar un libro como él.

—¿De verdad que usted no cree en Dios?—dice la mujer.

—De verdad que no—dice él.

—¿Pero por qué?—le pregunta ella.

—Porque el viento es rosa—le contesta.

—¿Que qué?—pregunta la mujer.

El chico ya no le contesta. Sigue leyendo el libro.

—Dice que el viento es rosa—dice una mujer mayor. Está sentada en el mismo banco que el chico y intenta mirarle a la cara. El chico hace como si no oyese a la mujer mayor. Sigue leyendo—. ¡Que si el viento es rosa!—dice otra vez—Dios mío, ¿qué será lo próximo que digan estos jóvenes de hoy en día?

Una mujer del otro *lao* de la sala se ríe en voz alta.

—¡Esa sí que es buena!—dice— ¡Que el viento es rosa! Sí, señor, ¡esa sí que es una buena!

—¿Entonces no se cree que el viento es rosa?—le pregunta el chico y sigue leyendo el libro.

—Pues claro que me lo creo, cielo—dice la mujer—. Pues claro—nos mira a nosotros y nos guiña el ojo—. ¿Y de qué color es la hierba, cielo?

—¿La hierba? La hierba es negra.

La mujer vuelve a reírse en voz alta. El chico se le queda mirando.

—¿No se cree usted que la hierba es negra?—le dice.

La mujer deja de reírse y mira al chico. Todo el mundo le mira y no se oye ni una mosca.

—La hierba es verde, cielo. Era verde ayer, es verde hoy y mañana será verde.

—¿Y cómo sabe que es verde?—le pregunta el chico.

—Lo sé porque lo sé.

—Usted no sabe si es verde—le contesta el chico—. Usted cree que es verde porque alguien le dijo que era verde. Si alguien le llega a decir que es negra, usted diría que es negra.

—Es verde—dice ella—. Es verde porque cuando la veo sé que es verde.

—Demuéstreme que es verde—le pide el chico.

—No me diga—dice la señora—que era ahí donde quería llegar.

—Pues justo ahí es donde quería llegar—dice el chico—. Las palabras no significan nada. Las palabras no se pueden medir por su significado.

—¿Así que es ahí donde quería llegar?—repite la señora mayor. La señora mayor lleva un turbante y lleva dos rebecas. Lleva una rebeca verde debajo de una rebeca negra. Veo la rebeca verde porque a la negra le faltan botones.

—Eso es, señora—dice el chico—. Las palabras no significan nada. Lo único que importa es la práctica. Hacer cosas. Es lo único que importa.

—En otras palabras: usted lo que quiere es que el Señor baje a la Tierra y se le presente ante usted—dice ella.

—Eso es, señora—dice el chico.

—Estoy segura de que quiere decir eso—dice la señora.

—No, no, es eso a lo que iba—dice él.

—¡Ay, Jesús!—exclama la señora mayor, sacudiendo la cabeza.

—La verdad es que al principio no estaba de acuerdo con el predicador—dice la otra señora—, pero ahora, ya no lo sé. Cuando alguien dice que la hierba es negra, o es un lunático o es que algo va mal.

—Demuéstreme que es verde—le pide el chico.

—Es verde porque la gente dice que es verde.

—Esa misma gente dice que somos ciudadanos de los Estados Unidos de Norteamérica—dice el chico.

—Yo aún creo que soy una ciudadana—dice la señora.

—Los ciudadanos tienen ciertos derechos—asegura el chico—. Nómbrame tan sólo un derecho que tenga usted. Un derecho que le otorgue la Constitución y que usted pueda ejercer aquí en Bayonne.

La señora no dice nada. Ella le mira como si no sabe qué le habla. Estoy seguro que no entiende nada.

—Las cosas están cambiando—dice ella.

—Las cosas están cambiando porque hay un puñado de hombres negros que han empezado a pensar con la cabeza en lugar de pensar con el corazón—contesta el chico.

—¿Me está diciendo que esas personas no creen en Dios?

—Estoy seguro de que algunos de ellos sí que creen. Es fácil que la mayoría de ellos crean. Lo que no creen es que Dios vaya a bajar del cielo para tocar todos los corazones de los blancos y cambiar las cosas de un día para otro. Las situaciones cambian por medio de la acción. No hay otra manera.

Todas las personas de la habitación están calladas y miran al chico. Nadie dice ni pío. Entonces, una mujer de enfrente *mía* y de Mamá sacude la cabeza.

—Esperemos que todos los jóvenes de su generación no piensen igual que usted—dice.

—Su opinión no importa, siéntase libre de pensar lo que desee—dice el chico—, pero estará ante personas que piensan con la cabeza en lugar de hacerlo con el corazón. Ellos verán como sus hijos aprovechan las oportunidades que ustedes no tuvieron.

—Esperemos que no todos sean como *usté* que se ha *olvidao* del todo del corazón.

—Tiene razón, señora. Yo también espero que no sean como yo—dice el chico—. Por desgracia, nací demasiado tarde como para creer en su Dios. Ojalá que los que vengan después de mí tengan la fe que tienen ustedes, si no en su Dios, en cualquier otra cosa que

les dé un apoyo firme con el que puedan contar. A mí no me queda nada; para mí el viento es rosa y la hierba, negra.

La enfermera viene a la habitación donde hemos estado esperando, sentados y dice que el dentista no podrá ver a más pacientes hasta la una de la tarde. Mi mamá se levanta de golpe del banco y habla con la señora blanca.

—Enfermera, tengo que volver al campo para esta tarde— dice.

—El dentista está atendiendo ahora a su último paciente— dice la enfermera—. Esta tarde, a la una.

—¿Puedo aunque sea hablar con él?

—Soy su enfermera—le dice.

—Mi pobre hijo está muy mal—dice Mamá—. Tiene un dolor de muelas que le está matando.

La enfermera me mira. Está pensando si me deja pasar o no. Le miro con mucha pena. La muela ya no me duele pero como Mamá ha dicho que sí, hago como si me duele, por ella.

—Esta tarde—dice la enfermera. Después se da la vuelta y sale de la habitación.

—No te sientas rechazada, cielo —dice otra señora a Mamá—. He venido aquí muchas veces. Te llaman cuando les parece. Si *habrías* sido blanca otro gallo cantaría, pero a los pacientes negros no nos tratan igual.

Mamá no contesta a la señora y yo y ella salimos a la calle y hacemos cola de pie. Aquí sí que hace frío. Noto que el viento traspasa el abrigo. De los que salen del dentista, algunos caminan calle arriba. Yo y Mamá, al cabo de un rato, *tamién* empezamos andar. No sé dónde vamos. Llegamos a otra calle y nos paramos allí otra vez.

—No tienes que hacer pis, ¿verdad?—me pregunta.

—No, madre—le contesto.

Seguimos andando, de nuevo calle arriba pero muy despacio. Me parece que Mamá no sabe dónde quiere ir. Llegamos a una tienda y nos quedamos mirando los muñecos. Veo un niño que lleva un



abrigo marrón. También lleva zapatos marrones. Miro mis zapatillas, que están viejas y vuelvo a mirar las tuyas. «En verano tendrás las tuyas», me digo.

Yo y Mamá empezamos andar otra vez. Llegamos a otra tienda y también tienen muñecos. Andamos más y pasamos por un bar. Dentro hay blancos comiendo. Mamá me dice que los ojos son *pa* mirar *pa* adelante, pero quiero ver a la gente comiendo. La barriga empieza a hacerme ruidos por el hambre. Si veo gente comiendo, me da hambre. Si veo abrigos, me da frío.

Un hombre le silva a Mamá cuando pasamos por una gasolinera. Ella hace como que no le ve. Miro p'atrás y me dan ganas de pegarle un puñetazo en la boca. «Si fuese más alto, » le digo, «¡si fuese más alto ibas a ver!».

Seguimos andando. Cada vez tengo más frío, pero mejor me callo. Se me caen los mocos otra vez pero me los sueno p'arriba.

—El pañuelo—me dice Mamá.

Saco el pañuelo y me sueno la nariz. ahora tengo frío todo el cuerpo, la cara, las manos, los pies, todo. Pasamos por delante de otro café pero este *tamién* es de blancos y tampoco podemos entrar. Así que seguimos andando. Tengo tanto frío que casi se lo digo a Mamá. Sé que vamos algún sitio que no haga frío pero en verdad no sé donde es. Seguimos andando más aún. Casi nos hemos salido de Bayonne. Cruzamos la calle y volvemos. Voy a ver otra vez lo de esta mañana: los mismos árboles, el mismo camino, las mismas matas, la misma acera rota, lo mismito de antes.

Me sueno los mocos p'arriba otra vez.

—El pañuelo—me dice Mamá.

Me sueño los mocos *rápido* y meto el pañuelo deprisa otra vez en el bolsillo, *pa* que no se me enfríen las manos. Levanto la cabeza y veo el cartel de la FERRETERÍA DAVID. En cuanto llegamos, nos metemos dentro. No sé porqué, pero estoy contento.

Se está muy bien dentro. Se está tan bien que ahora no quiero salir. Busco la estufa y la veo al lado de los contenedores. Hay

tres hombres blancos al *lao* de la estufa y hablan en criollo. Uno de ellos va a ver que quiere Mamá.

—¿Tienen mangos de hacha?—pregunta ella.

Yo, Mamá y el hombre vamos a ver los mangos pero ella me hace que me quede delante de la estufa. Ella y el hombre blanco van a verlos. Pongo las manos delante de la estufa y las miro. Mamá y el hombre se van hasta el final de la tienda y veo que el hombre le enseña todos los mangos que tiene, colgados de la pared. Mamá coge uno y lo sacude como para saber lo que pesa. Luego pasa la mano de punta a punta. Le da la vuelta, lo sacude otra vez y sacude la cabeza y lo deja donde estaba. Coge otro mango, hace igual que ha hecho con el otro y sacude la cabeza. Luego coge otro, pero marrón y hace igual. Tampoco le gusta ese. Otra vez coge un mango y sacudirlo ni nada, me mira. Parece que quiere decirme algo pero no sé qué es. Ahora estoy bastante mejor, porque ya no tengo tanto frío. Mamá otra vez sacude en el aire el mango de hacha como ha hecho con los otros y sacude la cabeza y le dice algo al hombre blanco. Lo único que hace el hombre blanco es mirar el montón de mangos que tiene y cuando ella vuelve a donde estoy yo el hombre se rasca la cabeza y le sigue. Luego ella me dice que nos vamos, salimos y seguimos andando.

Andamos un rato y enseguida vuelvo a tener frío. Hasta me parece que ahora hace más frío, porque me acuerdo de lo bien que se está dentro. El estómago hace ruidos y trago saliva para que Mamá no lo oiga. Ella anda a mi *lao*, y yo hago un ruido que se oye a una milla. Pero Mamá no dice nada.

Cuando pasamos otra vez por los juzgados miro el reloj. Son las doce menos cuarto. Eso es que tenemos que pasar frío aquí fuera una hora y cuarto más. Nos paramos y nos ponemos de pie al *lao* de un edificio. Me cae algo en la gorra y miro al cielo. Está cayendo aguanieve.

Miro a Mamá ahí de *pies*. Me podría más cerca de ella pero no le gusta. Dice que eso es de lloricas. Dice que tenemos que tengo que aguantar por mi bien, yo solo.

—Vamos otra vez a la consulta—dice Mamá.

Cruzamos la calle. Cuando llegamos al dentista, voy a entrar y cojo del pomo pero no puedo abrir. Lo giro a un *lao* y a otro y la puerta no se abre. Mamá me empuja a un *lao* y intenta abrir pero tampoco puede. Se va de la puerta. La miro pero no me muevo ni digo *na*. Ya la he visto así otras veces y tengo miedo.

—¿Tienes hambre?—me pregunta. Lo pregunta como si la fuese a tomar conmigo, como si yo tuviese la culpa de todo.

—No, madre—la contesto.

—¿Quieres que vayamos a comer algo y volvamos o prefieres no comer y que nos marchemos?

—No tengo hambre—le contesto.

Además de tener hambre, tengo frío. Del hambre y el frío que tengo, me dan ganas de llorar. Y es que tengo más frío que antes. Se me han dormido los pies. Hago *pa* mover los dedos gordos y ni los siento. Me parece como si me fuese a morir. Me parece como si nos fuésemos a quedar aquí y nos fuésemos a morir *congeaos*. Pienso en la familia. Pienso en Val y en la tía y en la yaya y en Louis y en Walker. Son las doce en punto y sé que ahora están comiendo. Oigo a Ty contando chistes. Se le ha *olvidao* levantarse pronto esta mañana y ahora seguro que está contando chistes. Siempre quieres hacer que nos riamos. Ojalá estuviese allí escuchando los chistes. Cualquier cosa en el mundo por estar al *lao* de la chimenea escuchando chistes.

—Vamos—dice Mamá.

Empezamos a andar otra vez. Tengo los pies tan fríos que casi no los siento. Damos la vuelta a la esquina y subimos la calle otra vez. El reloj de los juzgaos da las doce.

Ahora hay bastante aguanieve. Cuando cae al suelo rebota como si fuese arroz. ¡Ay, Dios! Ay, Dios mío. Rezo. No me dejes morir, no me dejes morir, no me dejes morir, Dios.

Ahora sí que sé donde vamos. Vamos a comer al sitio ese *pa* negros. Me da igual si como o no. He *pasao* hambre muchas veces. Puedo aguantarlo bien. No que no aguanto más es el frío.

Se ve que tenemos que andar un buen rato. Estamos casi a una milla, pero tampoco me importa. Sé que cuando lleguemos voy a estar mejor. Creo que puedo aguantar. Los dedos de las manos se me duermen en los bolsillos y los pies, igual pero si seguimos andando, creo que aguanto. Lo único que tenemos que hacer es seguir andando.

El cielo está gris. Sigue cayendo aguanieve. Ahora cae como si fuese lluvia, como si cayese un chaparrón. Se oye cuando cae al suelo. Se ve cuando rebota. Muchos granos rebotan, dos veces.

Seguimos andando y no decimos nada. Sólo andamos y andamos.

Ahora me pregunto qué está pensando Mamá. Espero que no la tome conmigo. En verano voy a recoger un montón de algodón y voy regalarle un abrigo nuevo. Voy a regalarle uno rojo.

Ojalá fuera verano todo el año. Estaría contentísimo si fuese verano todo el año, pero no. Tenemos que pasar el invierno, *tamién*. Dios mío, como odio el invierno. Seguro que a todo el mundo le pasa igual.

*Enverde* sonarme los mocos p'arriba, uso el pañuelo. Tengo las manos tan frías que casi se me cae el pañuelo.

Creo que estamos cerca, pero aún no hemos *llegao*. No sé dónde está la gente. En la calle no se ve ni un alma. Parece que nosotros somos los únicos en toda la ciudad. Seguro que los demás tienen demasiado frío y prefieren quedarse en casa.

Oigo el ruido de los dientes. Lo único que quiero es que no me tiemble mucho la boca y me haga daño en la muela mala. Dios mío, no dejes que me duela ahora.

Hay una iglesia por ahí que suela las campanas, pero hoy no es domingo. Seguro que es por un funeral o algo.

No sé qué estarán haciendo en casa. Seguro que están comiendo. El señor Bayonne estará en casa de alguien tocando la guitarra. Un día Ty cogió la guitarra del señor Bayonne y rompió una cuerda. El señor Bayonne se enfadó un poco con Ty. Dijo que Ty nunca iba ser nada en la vida. Ty hace como si fuese el señor Bayonne cuando el cura se va. Cuando Ty hace de señor Bayonne, todo el mundo nos reímos un montón.

Me gustaba mucho cuando estaba con Mamá y Papá. Estábamos muy contentos. Pero le llamaron del ejército. Ahora estamos todos tristes... Hasta que Papá vuelva del ejército.

El señor Bayonne dice que no era justo que se llevasen a Papá al ejército y que dejaran a Mamá sin nada y a nosotros sin nada.

—Calle, calle, no deje que le oigan decir esas cosas—dice la tía.

—Que baje Dios y lo vea—contesta el señor Bayonne—. ¿Qué le queda a estos niños? Tienen que andar tres millas y media para ir al colegio, haga frío o calor. ¿Es eso lo que vale un soldado? Ella trabaja llueva o truene en el campo para sacar su familia adelante. ¿Es eso lo que vale un marido?.

—Calle, calle, Etienne—dice la tía.

—Tiene usted razón—le contesta él—. Lo mejor es no decir nada delante de ellos, por ahora, pero un día lo sabrán. Algún día.

—Sí, me imagino—dice la tía.

—¿Qué pasará entonces, Rose Mary?—pregunta el señor Bayonne.

—No sé qué pasará—contesta ella—. Lo único que podemos hacer es dejar todo en manos del Señor.

Ya estamos *mu* cerca. Estamos cerca. Hasta veo de aquí la vía del tren.

Cruzamos las vías y ya vemos la cafetería. «Entramos y ya está», me digo. Entramos y ya está. Ya me siento mejor.

Entramos. ¡Ay, qué bien! A ver donde está la estufa... allí, en aquella pared. Es una de esas estuficas marrones. Me pongo de *pies* delante y me caliento las manos. Tampoco puedo abrirlas del todo porque están casi congeladas.

Mamá está de *pies* a mi *lao*. Se ha *desabrochado* el abrigo. Sale vapor del abrigo y huele a perro *mojao*.

Me quito del medio *pa* que Mamá tenga más sitio. Por fin ella abre las manos y se las frota. Empiezo a frotármelas yo porque así dejan de dolerme. Si las dejas que se calienten de golpe, te duelen seguro. Pero si las calientas poco a poco, frotándotelas y eso ya no te duelen y se calientan mejor.

Hay sólo dos personas más en la cafetería. Una señora detrás de la barra y otro hombre al *lao* de la barra. Han estado mirándonos desde que entramos.

Mamá saca el pañuelo, le quita el nudo y cuenta el dinero. Los dos sabemos el dinero que le queda. Tres dólares. Bueno no, no: le quedan tres dólares porque ha pagado el bus. Sólo le quedan dos dólares y medio. Un dólar y medio para sacarme la muela y cincuenta centavos del bus *pa* volver y cincuenta centavos *pa* chorizo.

Rebusca en el pañuelo. La mayoría es calderilla porque oigo el ruido que hace. Rebusca un par de veces más. Mira afuera. Sigue cayendo aguanieve. Cuando pega en los cristales hace ruido como si fuese arroz.

—No tengo hambre, Mamá—le digo.

—Tenemos que pagarles algo por quedarnos aquí—dice ella.

Saca una moneda de *venticinco* céntimos del pañuelo y le hace el nudo para guardarlo. Mira de reojo a los demás, pero no se mueve. Espero que no se gaste el dinero. No quiero que se gaste en dinero conmigo. Tengo hambre, me muero de hambre, mucha, mucha hambre, pero no quiero que se gaste el dinero para comprarme nada.

Juega con la moneda como si estuviese pensando. Puede que esté pensando volver andando a casa. Dios mío, ¡que no nos toque volver andando a casa! Si pudiese decir algo para mejor, lo diría, pero Mamá tiene su punto de vista sobre las cosas.

Se quita de delante la estufa de golpe, como si quisiera gastarse el dinero antes de arrepentirse. La veo que va a la barra. El hombre y la señora *tamién* la miran. Le dice algo a la señora y la señora se va a por algo. El hombre sigue mirándola. Mamá está de espaldas al hombre y no lo ve.

La señora le pone a Mamá unos bollos y un vaso de leche, luego pone al *lao* una taza de café. Mamá paga todo y se viene a donde estoy yo. Dice que me sienta en la mesa de la pared.

La leche y los bollos eran *pa* mí y el café *pa* Mamá. Como despacio y la miro. Ella mira el aguanieve, que no para. Parece que está bastante triste. Me digo a mí mismo que un día voy a arreglar esto. Ya verás como un día lo arreglo. Quiero decirlo en voz alta; quiero decírselo aquí mismo, pero a Mamá no le gusta que hablemos así.

—No puedo comerme todos—la digo.

*Na* más hay tres bollicos. Del hambre que tengo podría comerme cien como estos, pero quiero que Mamá se coma uno.

Mamá ni me mira. Sabe que tengo hambre. Sabe que quiero comérmelo. Me espero un ratico. Luego cojo y me lo como. Me lo como con los dientes de delante porque si se me va *pa* atrás, sé lo que va pasar. Gracias a Dios que no me ha *dolío*.

Cuando termino de comer, veo al hombre que va la rocola. Echa una moneda de diez y se queda un poco mirando los discos. Mamá me dice que los ojos son *pa* mirar *pa* alante. Miro *pa* alante como me ha dicho pero oigo que el hombre viene.

—¿Baila *usté*, guapa?—dice él.



Mamá se levanta y los dos bailan, pero en cuanto miro otra vez, Mamá le coge al hombre del cuello y le mete un empujón contra la pared. Mira como sería el golpe que se paró hasta la rocola.

—Por ligón—dice la señora de la barra—. Por ligón.

El hombre flacucho, se levanta y va hacia Mamá. En cuanto miro otra vez, Mamá tiene en la mano un cuchillo y está esperando al hombre.

—¡Venga, ven!—le dice—. ¡Venga ven, que te rajo de la barriga al cuello! ¡Venga, ven!

Echo andar *pa* ir a pegar al flacucho pero Mamá me coge y pone a su *lao*. El hombre se nos queda mirando a mí y a Mamá y vuelve al mostrador.

—Por ligón—dice la señora de la barra—. ¡Por ligón!—  
Empieza a reírse del flacucho y a señalarle con el dedo.

—Claro que sí, hombre. ¡Está *usté* hecho un ligón!

—Venga abróchate el abrigo—dice Mamá.

—No se vaya si no quiere—le dice la señora de la barra.

Mamá no contesta a la señora y salimos fuera otra vez. Ahora mismo no tengo frío (tengo calenticos las manos, las orejas, los pies) pero sé que no va durar mucho. Ha caído tanta aguanieve que ahora la calle está llena de hielo.

Cruzamos las vías del tren y en cuanto las pasamos, vuelvo a tener frío. El viento se cuele por el abrigo mucho más que antes. Debajo del abrigo llevo una camiseta y una rebeca pero al viento le da igual. Levanto la cabeza y veo que aún nos queda un rato andando. No sé si nos dará tiempo a llegar antes de que tenga demasiado frío.

Cruzamos la calle para subir a la acera. Esta calle sólo tiene una acera y es la del otro *lao*.

Después de andar un rato huelo a pan recién hecho. Miro y veo una panadería. Cuanto más nos acercamos, mejor huele. Cierro los ojos y me imagino que me lo estoy comiendo, pero tardo demasiado en abrirlos y me choco con una cabina de teléfonos. Mamá me coge del brazo y mira que no me haya hecho daño. Como no tengo sangre ni nada, me suelta y seguimos.

Cada vez tengo más frío, levanto la cabeza otra vez *pa ver* cuanto queda. El dentista está allá detrás; queda por lo menos media milla. Voy a pensar en otra cosa. Siempre me dicen que piense en otra cosa y no que tendré frío. Pienso en el poema aquel «Annabel Lee». Hace uno montón que no voy al colegio (por el mal tiempo) que me parece que ya habrán visto «Annabel Lee». Pero aunque lo hayan visto ya, seguro que la señorita Walker me va a dejar recitarlo cuando llegue. A esa mujer nunca se le olvida nada. Nunca he visto a nadie como ella en mi vida.

Sigo pasando frío. Con «Annabel Lee» o sin «Annabel Lee», sigo pasando frío, pero veo que ya estamos llegando. Poco a poco, pero llegamos.

Llegamos a la esquina y en cuanto levanto la cabeza otra vez veo a una señora mayor blanca delante nuestra. No se ve a más mujeres por la calle. Va vestida toda de negro y lleva tapada la cabeza con un trapo negro.

—¡Paraos!—nos dice.

Yo y Mamá nos paramos y la miramos. Tiene que estar loca para salir vestida así con el mal tiempo que hace. Se ve a poca gente más en la calle y son todos hombres.

—¿Habís comío ya?—nos pregunta.

—Venimos de comer—contesta Mamá.

—Entonces *tendrís* frío—nos dice.

—Íbamos al dentista—contesta Mamá—. En cuanto lleguemos entraremos en calor.

—¿A qué dentista—dice la señora—, al señor Bassett?

—Sí, señora—contesta Mamá.

—*Pasar, pasar* dentro—nos dice la señora—, yo lo llamo y le digo que vais de camino.

Yo Mamá entramos con la señora en la tienda. Es una tiendecica y no tienen muchas cosas. La señora se quita el trapo de la cabeza y lo dobla antes de guardarlo.

—¿Helena?—llama alguien de dentro.

—Dime, Alnest—contesta la señora.

—¿Los has visto?

—Están aquí, conmigo.

—Bueno, pues ahora no salgas más.

La señora mayor mira a Mamá. Mamá está esperando a que le cuente *pa* qué nos ha hecho entrar. A mí *tamién* me gustaría saberlo.

—*Sos* he visto pasar por delante dos o tres veces—dice la señora—. Antes he salido a deciros que entrarais pero *sos* habíais ido.

—Volvíamos del centro—responde Mamá.

—¿Habís comío algo?

—Sí, señora.

La señora se queda mirando a Mamá como pensando que dice que sí por no molestarla. Luego se queda mirándome a mí para ver qué digo. No digo ni mu. ¿Acaso espera que diga algo contra mi Mamá?

—Hay algo de comida en la nevera—dice la mujer.

Mamá se da media vuelta y anda hacia la puerta.

—¡Espera!—le llama la señora. Mamá se para—. El chiquillo tiene que hacernos un trabajo. No es gratis.

—No aceptamos limosnas—responde Mamá.

—No es ninguna limosna—dice la mujer—. Le iba a pedir al chico que sacara la basura. Ernest ha cogido resfriado y no puede salir de casa.

—James le sacará la basura—dice Mamá.

—Eso será si come—responde la señora—. Soy mayor pero aún tengo mi orgullo, ¿sabes?

Mamá se da cuenta que no puede pelearse con la señora como hizo con el de la cafetería y sacude la cabeza.

—Venga, anda—dice la señora—. *Entrar* a la cocina.

Ella va delante con el trapo negro en la mano. La cocinica es vieja y pequeña. Tiene una mesa, una estufa y casi no cabe *na* más. Hay un hueco a un lao de la mesa y en la otra habitación hay alguien tumbao porque se le ven los pies. Será el señor con el que hablaba: Alnest o Ernest o como se llame.

—Siéntate—le dice la mujer a Mamá—, pero tú no—me dice a mí—. Tienes que sacar la basura.

—¿Helena?—dice el hombre de la otra habitación.

—Dime, Alnest—responde ella.

—¿Vas a salir de casa otra vez?

—Tengo que decirle al niño donde se deja la basura, Alnest— responde la señora.

—Pues ponte el chal negro, que no se te olvide.

—No hace falta que me lo digas, Alnest. Vente, niño—me dice la señora.

Salimos al jardín. Un jardín pequeño, como la tienda y como la cocina. Pero el aguanieve que cae aquí es como el que cae en los jardines grandes. Nada más pensarlo, me pongo a temblar.

—Mira allí—dice la señora, que señala los bidones. Cojo uno de ellos y vuelvo a dejarlo en el suelo. Pesa tan poco que tengo que mirar si tiene algo.

—No, no, el otro—dice la señora—. Ese déjalo ahí.

Cuando la veo de *pies* en la puerta de la casa, lleva el trapo negro en los hombros y me señala con el dedo.

—Coge ese y llévatelo allí delante—me dice. Me acerco a ella con el bidón y no deja de mirarme. Estoy seguro que el bidón está vacío. Estoy seguro que esto podría haberlo hecho ella. Puede que pudiese con los dos bidones a la vez—. Si eso déjalo al lado de la acera y ven por el otro.

Voy y vengo con los bidones y Mamá me ve cuando paso por delante de la ventana. Cojo el otro bidón y lo llevo al/ao de la acera. Me parece que pesa más o menos como el otro. Me canso de hacer el tonto para la señora y en cuanto pueda, voy a abrirlos para ver que hay dentro. Primero veo si viene alguien por la izquierda, luego por la derecha. No viene nadie. Luego miro de reojo a la puerta. La señora sin que me diera cuenta está fuera de la casa, mirándome. Es como si ya supiera que la iba hacer.

—¡Ay, Dios!—dice—¡Estos chiquillos! Ven aquí, niño, vamos a lavarnos las manos.

La sigo hasta la cocina. Me señala en aseo y cojo y me lavo las manos. Es un *aseíco* más bien viejo, pero está limpiísimo. *Enverde* usar las toallas me seco las manos en los pantalones.

Cuando llego a la cocina la mujer ya ha puesto la mesa. Arroz, carne y salsa y hasta un poco de tomate y lechuga en una fuente. *Tamién* nos ha puesto un vaso de leche y bollos. Tiene una pinta que casi empiezo a comer sin dar gracias al Señor.

—¿Helena?—se oye.

—¿Sí, Alnest?

—¿Están comiendo?—pregunta el hombre mayor.

—Sí—le contesta.

—Vale—dice él—. Ahora ya no salgas de casa.

La señora se va a la habitación del hombre mayor y oigo que hablan. Miro a Mamá. Está comiendo mu despacio, como pensando. No sé qué se le ocurre ahora. Puede ser que piense en nuestra casa.

La señora vuelve a la cocina.

—He *hablao* con la secretaria del señor Bassett—nos dice—.

Les va a atender en cuanto lleguen.

—Muchas gracias, señora—dice Mamá.

—Muchas de nada—responde la señora—. ¿Para quién de los dos es?—Mamá hace un gesto, señalándome. La señora me mira con cara de pena y yo pongo la misma cara.

—Tú no tienes miedo, ¿a que no?—me pregunta.

—No, señora—le digo.

—¡Todo un hombrecito!—dice la señora—. No tienes que tener miedo del señor Bassett. No va a hacerte daño.

Cuando yo y Mamá terminamos de comer le damos las gracias a la señora otra vez.

—¿Helena, es que se van ya?—dice el señor.

—Sí, Alnest.

—Diles adiós de mi parte.

—Te oyen, Alnest.

—Pues adiós, madre e hijo—dice el hombre— y que Dios esté con vosotros.

Le decimos adiós al señor y su mujer nos acompaña a la puerta. Mamá abre la puerta para salir, pero de golpe se para y se da la vuelta.

—¿Aquí venden chorizo?—pregunta Mamá.

—Sí.

—Pues deme *venticinco* centavos.

—Lo le va a entrar mucho chorizo—contesta la señora.

—Es lo que me queda—dice Mamá.

La señora se va detrás del mostrador y corta un trozo grande de chorizo, lo envuelve y lo mete en una bolsa de papel.

—Aquí tiene *venticinco* centavos—dice.

—Parece demasiado chorizo para valer *venticinco* centavos—dice Mamá.

—Pues van *venticinco* centavos—dice la señora—. Llevo vendiendo embutidos más de veinte años. Me parece que sé lo que hago.

—Tiene por ahí la balanza—pregunta Mamá.

—¿Que qué?—responde la señora.

—Péselo—dice Mamá.

—¿Cómo dice?—responde la señora—¿Me va a decir usted como tengo que llevar el negocio?

—Bueno, muchas gracias por la comida—responde Mamá.

—Espera un segundo—dice la señora.

—James—me dice Mamá. Salgo fuera de la tienda.

—Espera un segundo, por favor—dice la señora.

Yo y Mamá nos paramos y la esperamos. La señora saca el chorizo de la bolsa, le quita el papel y lo parte por la mitad. Luego lo envuelve otra vez, lo mete en la bolsa y se lo da a Mamá. Mamá deja los *venticinco* centavos en el mostrador.

—Nunca olvidaremos lo amable que ha sido—dice Mamá—.

James—me dice a mí.

Salimos de la tienda y la señora nos acompaña. Después de andar un poco me doy la vuelta y aún sigue mirándonos.

El aguanieve empieza a apretar otra vez. Me levanto el cuello del abrigo para que no se me enfríe el cuello. Mamá me dice que vuelva a bajármelo.

—No eres un mendigo—dice—. Eres un hombre.





Convertir todo en laísmos

Pasar abuela a yaya

También=igual

Cafetería por café.

itos--> icos